

# En busca del relato

## 1

No me resultó difícil dar con el profesor centenario. Una vez llegado a Craiova, cogí el listín telefónico de la provincia, lo abrí por la letra D y busqué su nombre, Bazil Dumitrescu. Lo encontré enseguida. Como suele ocurrir, él no era el único titular de ese nombre, aunque afortunadamente solo figuraban dos personas denominadas así. El primer tipo al que llamé no era el que me interesaba:

—¿El profesor Bazil Dumitrescu? —dije.

—Se ha equivocado. Soy Bazil Dumitrescu, jefe del taller de coches de Bariera Vâlcii.

—Perdone —acabé bruscamente la conversación.

Marqué el segundo número y creí que la había pifiado de nuevo. Me despistó la voz que contestaba: era una voz joven, fresca, de ningún modo la voz de un anciano. Sin embargo, el hombre me confirmó:

—Sí, soy el profesor Bazil Dumitrescu.

Tenía ciertas dudas sobre si había dado en el blanco. Aun así, entré en el juego. Me presenté: Valentin Dumnea, periodista, y le pedí, ceremonioso, permiso para visitarlo, explicando con una frase muy enrevesada que quería solicitarle ayuda en un asunto muy importante para mí. El profesor se mostró benévolo y no pareció extrañado en absoluto, aunque tal vez me equivocaba en esa percepción de su falta de asombro. El anciano aceptó verme sin reservas, pero propuso que nos reuniéramos no en su casa, sino en algún lugar del centro, por ejemplo, delante de la estatua

de Cuza, junto al English Park. Él iría de todos modos para su paseo diario de antes del almuerzo.

—¡Perfecto, allí estaré! —exclamé, feliz de que accediera a charlar conmigo, sin calibrar si era normal que un tipo que había pasado de los cien años tuviera tantas ganas y tanta disponibilidad para los paseos diarios.

Llegó puntual. Se me acercó y esta vez me chocó todavía más. Esperaba encontrarme con un gangoso de dentadura siseante y articulaciones gelatinosas, que apenas se tuviera en pie o se arrastrara apoyado en el bastón. En cambio, apareció un hombre enhiesto, de cuyo rostro nada envejecido emanaba cierta luz; alguien que parecía dueño de su cuerpo y sus pensamientos, y, sobre todo, alguien que no aparentaba su edad. En realidad, lo único que pude establecer respecto a su edad, escrutándolo de arriba abajo, se podía resumir así: tenía ante mí a un hombre sin edad.

Como si hubiera leído mis pensamientos, me dio unos segundos de tregua para que pudiera asimilar mi estupefacción. Luego, con voz amistosa y comedida, me animó:

—Señor Dumnea, venga, sentémonos en un banco, aquí, en el parquecito, al sol; aprovechemos el calor y así me cuenta qué vientos lo han traído hasta mí. ¡Hace tan buen tiempo!

—Es verdad, ¡un tiempo increíble! —asentí sumergido en mis pensamientos.

En ese instante me sorprendía la coincidencia de dos situaciones inverosímiles: tan extraño me resultaba el profesor, que mantenía un vigor impropio de sus más de cien años declarados, como el tiempo. A finales de noviembre de 2012, en vez de prepararnos para el invierno, parecía que estuviéramos en otra época del año, en primavera con visos de verano: el sol brillaba en el cielo, los termómetros marcaban veinte grados, las plantas no se habían marchitado aún, las hojas no habían caído, sino todo lo contrario (en la televisión anunciaban que las lilas florecían por segunda vez en el año en una aldea de Mehedinți, y los fresales de Banat daban fruto de nuevo).

Anduvimos por las cuidadas sendas del parque y nos detuvimos en un banco que escogió mi nuevo amigo. El profesor Bazil

Dumitrescu, bajo mi atento escrutinio con el rabillo del ojo, se sentó con ademán pausado, sin prisas; luego alzó la cabeza como ofreciéndose, de modo casi ostentoso, para que los rayos de sol se apoderasen de su rostro y de todo su cuerpo.

Tras abandonarse por unos momentos a los tentáculos de la luz, el profesor se dirigió a mí en el mismo tono afable:

—Vamos, señor Dumnea, dígame qué es lo que le interesa tanto de mi persona. Lo escucho.

Traté de explicárselo en pocas palabras y de la manera más lógica posible:

—Como le dije, soy periodista, vengo de Bucarest. Un amigo me encargó que hiciera unas indagaciones relacionadas con su pasado, más exactamente, con sus padres. Una historia complicada, con muchos cabos que no consigo desenredar, y que me tiene hechizado. Ahora mismo estoy en un atolladero. El alcalde de Limanu-de-Sus me puso en su pista. Me aseguró que, si había alguien que pudiera conocer la verdad sobre esas personas y esos hechos tan antiguos, ese era usted, sin duda. Se trata de Vera Stănescu, una mujer entonces joven, y de gente cercana a ella...

No tuve fuerzas para continuar: interrumpí mi monólogo, que se iba convirtiendo en un balbuceo poco convincente según salía de mi boca, y le dirigí al profesor una mirada interrogante, incluso desesperada, suplicándole la confirmación de que era capaz de desentrañar aquella charada. Hubiera dado lo que fuera por oírle decir «sí», un sí pleno que me ayudaría por fin a salir de esa historia en la que me había extraviado.

Pero él no dijo ni sí ni no. Se limitó a sonreír. Una sonrisa encriptada que yo no podía interpretar. No entendía si con ella me abría o me cerraba completamente esta vía de investigación.

Estuve tentado de preguntarle en la cara: «Profesor, dígame de una vez, no me tenga sobre ascuas, ¿conoce usted los detalles sobre Vera y sobre el padre de su hijo?». Pero temía asustarlo con mi insistencia y espantarlo, de modo que refrené ese impulso y lo dejé todo en sus manos.

Él me apretó el brazo, quise pensar que para animarme. Luego se levantó.

Se interesó por una banalidad:

—¿Ha estado antes en Craiova? ¿Conoce la ciudad?

—Sería mucho decir que la conozco —respondí—. He estado de paso, por supuesto; mi oficio me ha llevado a casi todas las ciudades del país. Eso sí, solo de paso.

—Entonces vamos a dar una vuelta por el centro. Digo yo que no tiene mal aspecto para ser una ciudad del sur.

Presté atención a las palabras de Bazil Dumitrescu y tuve la sensación de descubrir en ellas, igual que en su gesto anterior, una sombra de promesa. Tomé su invitación a pasear por una llamada a efectuar un recorrido iniciático. Pero no dije nada. Seguí callado y dócil al profesor. Creí que quizá mi juicio febril deformaba las cosas, arrojaba sobre ellas una luz diferente de la que tenían en realidad.

Nuestro paseo y sus doctas explicaciones comenzaron allí mismo. El profesor Bazil Dumitrescu tenía, tal como lo vi, el aire de un maestro de la vieja escuela. Serio, perseverante, meticuloso, dando la sensación de saberlo todo y con el conocimiento perfectamente organizado en su mente. Me proporcionaba los detalles más minuciosos sobre un sinfín de cosas: quién construyó el parque inglés del centro de la urbe, y cuándo; quién era el autor de la estatua del príncipe Cuza, o quién el arquitecto del monumental edificio de enfrente, que empezó siendo un banco y que hoy albergaba el cabildo. A paso lento fue informándome sobre los pormenores del palacio de la Prefectura, del palacio Jean Mihail, del colegio Carol I, del colegio Elena Cuza, del busto de Titu Maiorescu y de varias iglesias: la de la Santa Trinidad, en cuyo patio se alzaba la estatua del monarca Barbu Știrbei; la de Madona Dudu, distante solo unos cientos de metros; la Catedral Metropolitana junto a la Casa Băniei<sup>1</sup>. Aunque en apariencia yo era todo oídos,

<sup>1</sup> Băniei: genitivo de Bănie, unidad administrativa propia de las regiones del sur de Rumanía, equivalente a una diputación.

no retenía casi nada. Sus palabras me entraban por un oído y me salían por el otro. Toda mi atención estaba presa en otro asunto. Presentía que se avecinaban las ansiadas confesiones. Mi corazón latía con fuerza; había dado, no sabía cómo, con la persona justa: ese extraño profesor seguro que sabía lo ocurrido, seguro que me lo explicaría todo.

Ya fuera del Jardín Băniei, Bazil Dumitrescu me llevó por una callejuela que subía hasta Calea Unirii, justo donde se convierte en peatonal. Allí, mi guía particular me presentó otro edificio histórico, el hotel y restaurante Minerva.

—Cuántos recuerdos me unen a este lugar —comentó nostálgico, y me invitó a pasar para tomar un tentempié y una copa de vino.

Acepté entusiasmado. Pero mi entusiasmo no se debía al deseo de comer o de beber, sino que era pura expresión del presentimiento de que aquel profesor desenredaría el hilo del relato que yo no era capaz de desenredar por mí mismo.

En efecto, la invitación al restaurante con decorados moriscos solo fue un pretexto. El verdadero motivo de nuestra presencia en el elegante y un poco desangelado comedor era el relato. El profesor Bazil Dumitrescu se puso a desovillar una historia que comenzaba un 23 de diciembre de 1989, y que luego se extendía, desconcertante, aglutinando días de antes y después de esa fecha. Yo lo seguía sin pestañear. De su relato me cautivaba todo: desde el pleno conocimiento que mostraba de sucesos y personajes, hasta los detalles más asombrosos. No concebía que pudieran haber tantas cosas en el cerebro de un solo hombre, ni la capacidad de este para mantenerlas tan vivas. Sí, la historia me conquistó al instante, aunque no parecía tener relación, de momento al menos, con la otra historia, la que me obsesionaba, por la que había acudido a él en mi pretensión de esclarecerla. Lo escuchaba con pasmo, y me punzaba un pensamiento en particular: cómo acordarme, cómo acordarme de todo lo que me estaba revelando, haciéndome partícipe de una historia extraordinaria —hasta un ignorante como yo se percataba de que era una historia extraor-

dinaria—. Que no pare, que no pare de contar, y que yo tenga la mente más despierta que nunca para poder memorizarlo todo.

Finalmente, Bazil Dumitrescu concluyó con toda naturalidad, cambiando el modo de dirigirse a mí, lo que quise entender como un signo de confianza:

—Amigo mío, este ha sido el primer día. Habrá otros... Piensa si realmente quieres escuchar, y si es así, tendrás que buscar la ocasión, permanecer aquí un tiempo... Te prometo que cada día ensartaré una cuenta en el hilo de seda, y al final tendrás un pequeño collar. Sí, te contaré cada día un pequeño relato como este, y todos juntos compondrán precisamente la historia que pretendes conocer... No te apures, no tomes decisiones precipitadas. La noche es buena consejera. Mañana espero tu llamada, en la que me digas si te quedas para escuchar o no.

—Desde luego, me lo pienso y lo llamo mañana...

Dicho lo cual, nos despedimos.

Aunque le prometí que pensaría las cosas sosegadamente, en frío, había tomado ya mi decisión: categórica, irrevocable. Me quedaría, me quedaría. Me fui corriendo a reservar habitación en un hotel. «Me quedaré. ¿Cómo perderme algo así?», me dije. «Toda mi vida he buscado como loco una historia verdadera, poderosa, y ahora que la suerte me acompaña, ahora que la historia me cae literalmente del cielo como un don divino, ¡ni se me pasa por la cabeza dejarla escapar! Insisto, puedo ser ignorante, pero no hasta ese extremo...».